

Cicatrices: crisis y desafíos de la democracia hoy

Gonzalo Scivoletto¹

«A menudo se oye decir, refiriéndose a categorías tales como «los eternos incorregibles» o cualesquiera otros términos que puedan utilizar expresiones consolatorias de ese estilo, que en toda democracia existe un residuo de incorregibles o payasos, el llamado lunatic fringe, como dicen en Estados Unidos. Y cuando uno la repite, la expresión conlleva cierta dosis de consuelo burgués quietista. A mi juicio, lo único que puedo responder ante esto es: por supuesto que en todas las llamadas democracias del mundo pueden observarse, en mayor o menor grado, algo de este estilo, pero sólo como expresión de que, por su contenido, por su contenido socioeconómico, hasta la fecha la democracia no se ha concretado de manera real y plena en ninguna parte, sino que ha seguido siendo algo formal. Y en este sentido cabría decir que los movimientos fascistas son los estigmas, las cicatrices de una democracia que hasta ahora no ha conseguido entender debidamente del todo su verdadero sentido».

Theodor W. Adorno²

¹ Doctor en Filosofía (UNLa). Profesor Adjunto de Filosofía y Ética y Negocios (FCE - UNCuyo), y participa en el seminario Temas de Filosofía Política Contemporánea (FFyL – UNCuyo). Director del proyecto de investigación: "La esfera económica en el campo de la Filosofía Social y Política" (SIIP – UNCuyo). Miembro de la Red Latinoamericana de Estudios Sociales Críticos (RELATESC), de la Red Internacional de Ética del Discurso y del Instituto de Filosofía Argentina y Americana (UNCuyo). Codirector de la Revista Ética y Discurso.

² Adorno, Theodor W., Rasgos del nuevo radicalismo de derecha, CABA: Taurus, 2021, pp. 17-18

I. La débil fuerza anamnética

La celebración de los 40 años de democracia en Argentina, desde el fin del Terrorismo de Estado (1976-1983), es una ocasión que en sí misma, como celebración, nos invita a la reflexión. Desde cierto punto de vista, podemos decir que se celebra que durante un período de tiempo bastante breve en la historia de las democracias modernas no se ha interrumpido el curso legal y legítimo de constitución de la voluntad popular. Es decir, «hasta ahora» no se ha «bloqueado» o «secuestrado» la autodeterminación colectiva de una comunidad política. Detrás de ello, detrás de la ganancia y la recuperación democrática, queda además la oscuridad pavorosa de los muertos y de las víctimas que –en muchos casos– sólo encontrarán la reparación respectiva si media la fe en una Justicia que no es de este mundo. «Los muertos están muertos», esa tautología dolorosa con la que Horkheimer responde a Benjamín, impregna a la democracia de un componente trágico, y a la vez de un imperativo moral¹. En este sentido, si esta celebración quiere tener un significado profundo para nuestra generación, no puede ser reducida ni a la solemnidad de los protocolos ni a la alegría vacía de contenido de lo «ya superado».

Este nuevo aniversario de la democracia tiene, además, una coyuntura particular. El triunfo electoral y por ende democrático de La Libertad Avanza implica el cambio –incluso la inversión valorativa– de la eticidad democrática de 1983. Nos encontramos ante un verdadero acontecimiento histórico, una especie de presente puro a partir del cual intentamos contribuir a un debate. El búho de Minerva duerme. Sin embargo, tenemos que pensar este presente.

En este breve ensayo propongo dos cuestiones. En primer lugar, quisiera referirme a este presente inmediato y también local que representa el nuevo gobierno que acaba de asumir el poder, en relación con aquel presente de la primavera democrática. En segundo lugar, quisiera inscribir esa comparación en un contexto

¹ En palabras de Habermas: «La débil fuerza anamnética de una conmemoración colectiva –de manera diferente a lo que ocurre con el juicio de Dios en el Juicio Final– no puede desarrollar ningún efecto retroactivo. No puede expiar la injusticia cometida a los muertos. La justicia que es posible en la Tierra no es una justicia redentora. No obstante, un inconcreto sentimiento moral nos dice que es incorrecto, por mor de las víctimas mismas, cerrar los actos sobre un procedimiento semejante». (J. Habermas, Mundo de la vida, política y religión, Madrid: Trotta, 2015, p. 156).

mayor, referido a lo que en la literatura especializada suele denominarse «crisis de la democracia». Al respecto se pueden reconstruir dos grandes narrativas sobre tal crisis: una en clave liberal socialdemócrata y otra en clave populista. Queda para el debate seguir discutiendo tanto sobre el diagnóstico como sobre las posibles salidas para el fortalecimiento de la democracia en su sentido radical.

II. ¿De la solidaridad al individualismo radical?

La democracia tiene una larga historia que se alimenta de acontecimientos y tradiciones diversas, así como de distintas perspectivas teóricas. Por lo tanto, lejos de ser algo obvio y evidente, se trata de una trama compleja de experiencias y significados que configuran una pre comprensión que es imprescindible desentrañar en cada caso. En cada debate, en cada análisis. Si partimos de una concepción republicana y deliberativa, lo primero que debemos señalar son dos rasgos centrales que, a la vez, funcionan como principios regulativos de las instituciones y las prácticas.

Por un lado, el ideal inclusivo. Un sistema es democrático cuando todos los afectados pueden acceder al debate público o a la toma de decisiones sobre los asuntos que les conciernen. En este sentido, el *demos* de la democracia corresponde a la totalidad de la comunidad política que se da a sí misma sus propias normas y cursos de acción. No es una élite, no son «los mejores», no es el Rey Filósofo quien decide, sino la propia comunidad. Esto trae aparejado un viejo-nuevo problema, es decir, un problema recurrente y estructural de todo sistema político que es el de la representatividad de los gobernados¹. Pero también el *demos* representa una parte, «el pueblo» en el sentido de la plebe excluida de esa toma de decisiones. Esta ambigüedad semántica del término *demos* converge en un dispositivo -la soberanía popular-, un «artificio» político creado para ampliar las fronteras de la participación.

¹ Para muchos, la actual crisis económica y política de nuestro país, que ha dado lugar al triunfo del gobierno que acaba de asumir, surge de la «distancia» que separa la realidad cotidiana de los ciudadanos con la de los «políticos». Eso habría hecho permeable en amplias capas de la población el significante «casta». Sin embargo, cabe también realizar la pregunta acerca de si lo que la ciudadanía demanda no es tanto la participación o la identificación con sus dirigentes como resultados favorables en términos de expectativas económicas.

Pero, por otro lado, la democracia no se reduce a la lucha por la participación. Al menos desde la perspectiva deliberativa, la participación comporta una serie de exigencias presupuestadas en el principio mismo de la deliberación: la escucha, el respeto por los tiempos de la palabra, la obligación de ofrecer razones sobre programas y propuestas, etc. Por lo tanto, hay una dimensión política y epistémica que en la democracia sólo son distinguibles analíticamente. La libertad política es la base del resto de las libertades en la medida en que supone la libertad para participar y para discutir públicamente lo que concierne a todos.

Pero hay otra forma de concebir la democracia, la cual reproduce el modelo del *mercado*. En el mercado, los clientes y consumidores ordenan la oferta conforme a sus preferencias privadas. En la góndola electoral se encuentran exhibidos los productos políticos que el ciudadano jerarquizará según sus gustos. Esos gustos son en parte inescrutables y en parte moralmente incuestionables. Así, cuando un sujeto solicita a otro razones acerca de por qué prefiere este o aquél candidato, la reacción puede conducir a la indignación: «yo hago lo que se me da la gana». La suma agregativa de deseos individuales conduce a un resultado en término de mayorías y minorías, donde la mayoría es autorizada a la aplicación de políticas y programas de gobierno que, en cierto sentido, al menos por un tiempo, también son *incuestionables* porque han ganado la contienda.

En la teoría democrática se discute mucho acerca de si el «voto popular» expresa genuinamente el programa de políticas o incluso el ideario filosófico-político del gobierno electo. Por ejemplo, hay quienes discuten que incluso muchos de quienes votaron en las PASO –esto es, como primera opción– a *La Libertad Avanza* adhieran en su mayor parte a las consignas proclamadas durante la campaña por sus principales referentes políticos¹. Las razones para esta falta de convergencia entre el voto y las ideas se deberían principalmente a que el voto no es simplemente una expresión pura de creencias racionales, sino que en él se incluyen otros elementos coyunturales y

¹ Por ejemplo, afirmaciones acerca de un mercado privado de órganos, la «renuncia» a la paternidad, la privatización de la salud y la educación, el arancelamiento de las universidades, entre otras, no serían –desde esta interpretación– creencias que el votante comparte, y en muchos casos incluso las rechaza abiertamente. Con todo, vota por esa fuerza política que las plantea en la discusión pública.

emocionales. Dicho de una manera simple: el argumento es que el gobierno actual es percibido de forma tan ineficiente y corrupta que la ciudadanía –más allá de «los incorregibles» de toda democracia– estaría dispuesta a votar literalmente a cualquier opción que esté frente.

Aunque este argumento es atendible, y si bien es cierto que no es el voto por sí mismo el que puede determinar las creencias y la cultura política mayoritaria, sí es cierto que se trata al menos de un indicador. De hecho, es posible observar que hay una gran mayoría de la población –entre ellos, los más jóvenes– que rechaza el sistema político por considerarlo una «casta» privilegiada alejada de la realidad cotidiana, que trabaja para sí misma, que siempre se acomoda y cae bien parada, mientras el pueblo sufre por su ineficiencia y su corrupción. También es cierto que gran parte de la población considera que la «casta» se extiende más allá de las estructuras formales del Estado, hacia las instituciones públicas en general. Así, por ejemplo, los ataques a la ciencia (CONICET), a la universidad pública e instituciones de la cultura (INCAA) realizados desde el núcleo del sistema de medios de comunicación hacen eco en la población, e incluso trabajadores estatales que desempeñan roles técnicos en la administración pública son vistos como usurpadores de un lugar que le corresponde al ciudadano «de bien», que paga sus impuestos y con ello «mantiene» a parásitos estatales. Así, recoge una enorme cantidad de defensores el argumento de que la crisis económica que atraviesa el país es producto de tales parásitos y de que *no hay alternativa al despido masivo de empleados estatales* y a la privatización de las empresas públicas. El voto, entonces, sí expresa un clima de época, una cultura política y una representación de lo que la democracia debe ser. El error de muchos deliberativistas y demócratas republicanos, y tal vez de las izquierdas en general, es no comprender la magnitud y la profundidad de esta cosmovisión política que atraviesa todo el espectro social, y responder con un discurso moralizante a lo que subyace siempre en toda transformación social: las condiciones materiales –sobre todo las derivadas de las mutaciones del mundo del trabajo y los ideales inmanentes a esa transformación–. (Siempre hemos de recordar que la crítica a la idea de progreso de Benjamín está anclada en una teoría y praxis socialdemócrata).

Es cierto que, si nos remitimos al momento fundante de la democracia que hoy celebramos, nos embarga –al menos a algunos– la nostalgia de un discurso que se encuentra en las antípodas del vencedor actual. Si, como es de público conocimiento, el flamante presidente ubica a Alfonsín como el *peor presidente de la democracia*, no es sólo –ni siquiera principalmente– por su fracaso económico. En el prólogo a un libro de Nino, Alfonsín escribe:

«La concepción de una sociedad justa supone un pacto social que se articula a través de la proyección de dos principios: el de la libertad y el de la igualdad. En este sentido, es necesario tener presente que el valor de la libertad depende de cómo ella está distribuida y que el valor de la igualdad depende de qué es lo que se distribuye en forma igualitaria. Por un lado, todos tienen el mismo derecho a gozar efectivamente de la libertad; por otro, la distribución igualitaria debe comprender todos aquellos recursos necesarios para el ejercicio de la plena libertad. De este modo, la aparente tensión entre libertad e igualdad se supera a través de una distribución igualitaria de la libertad.

Este es el núcleo de una ética de la solidaridad. La libertad equitativamente distribuida implica el deber de mejorar la situación de los menos favorecidos. Supone además un enfoque amplio de los derechos humanos. Ellos se violan no sólo por agresiones directas sino también por la omisión de proporcionar los recursos para una vida digna y autónoma. Ese es el sentido que prima en las mejores expresiones de una cultura política contemporánea, que ven a la democracia como una combinación superadora de tradiciones ideológicas y que amalgama, en una valoración ética de la vida, los aportes del liberalismo, el socialismo y el pensamiento humanista.»¹

Con sólo subrayar términos como «solidaridad», «igualdad», «socialismo», etc., ya podemos advertir el cambio de época. O, al menos, la distancia entre ese presente de la primavera democrática y el actual. El hecho de que el propio Alfonsín se refiera a la cultura contemporánea como una amalgama entre liberalismo, socialismo y humanismo, refuerza la percepción subjetiva de un abismo infranqueable. Y no es necesario repetir aquí las afirmaciones que se han viralizado, en sentido literal, acerca de la justicia social como aberración, o de la tortura y el asesinato como meros excesos de una «guerra justa». Con todo, creo que debemos evitar el relato

¹ Alfonsín, Raúl, «Prólogo. Carlos Nino jurista y filósofo de los derechos humanos y la república democrática», en Carlos S. Nino, Juicio al mal absoluto, Buenos Aires: Siglo XXI, 2015, pp. 37-38

decadentista que no es otro que una inversión de la idea de progreso, y por lo tanto de una forma de filosofía de la historia.

III. Dos narrativas sobre la «crisis de la democracia»

Hablar hoy en día de que la democracia está en crisis es un lugar común. Existe una abundante literatura –tanto de ensayo político como académica– que gira en torno a esta cuestión. Para ello se usan diferentes significantes: desconsolidación, erosión, desdemocratización, posdemocracia, regresión, etc. Cada uno de estos conceptos resalta aspectos de un fenómeno común. La idea general es que hemos ingresado en una etapa de las democracias occidentales –en general desde el ascenso de Donald Trump y el populismo de derecha radical europeo y latinoamericano, al que se suma ahora Argentina– en la que la democracia en su sentido más radical se ha convertido en una fachada. Las instituciones funcionan, los sistemas electorales son más o menos transparentes, la ciudadanía elige a sus representantes, hay libertad de expresión, la división de poderes está en términos generales consolidada, etc. Sin embargo, las decisiones más importantes parecen estar ya tomadas de antemano. Esta idea de una «fachada» democrática produce un clima inquietante, mezcla de indignación y apatía que retroalimenta las transformaciones del mundo del trabajo y la comunicación que paradójicamente exacerbaban el aislamiento y el comportamiento tribal. El politólogo brasileño M. Sevaybricker¹ ha analizado estos discursos en torno a la crisis de la democracia, y concluye que podemos encontrar dos grandes narrativas sobre esta crisis y consecuentemente sus posibles respuestas o salidas.

En una serie de libros *best-sellers*, Sevaybricker² reconstruye el núcleo de un relato regresivo respecto de las democracias occidentales. En todos ellos se parte de un diagnóstico en el cual la democracia se encuentra amenazada o erosionada desde su núcleo interno. Los síntomas de este malestar pueden ser resumidos en el aumento del abstencionismo electoral, la caída en las filiaciones partidarias y la pérdida de confianza en las instituciones y en los políticos profesionales. Estos fenómenos no son del todo nuevos, sin

¹ Sevaybricker Moreira, Marcelo, "Democracias no século XXI: causas, sintomas e estratégias para superar", em Luna Nova, São Paolo, 2020, 111: 15-49

² Los autores abordados son: Castells, Levitsky-Ziblatt, Mounk, Runciman, Snyder y Streck.

embargo, al diagnóstico de la crisis de representatividad tradicional en la teoría política se suma la manipulación de la opinión a través de *fake news* que circulan por las plataformas privadas de uso público de las redes sociales. Pero a este factor estrictamente político se le suma el malestar económico: aumento del desempleo y la desigualdad, cambios en las condiciones de trabajo, retirada del Estado de bienestar –o lo poco que quedaba de él–.

Lo que alarma a esta visión de la crisis de la democracia es que la salida es buscada por medio de *outsiders* con rasgos autoritarios, con la habilidad y los recursos necesarios para capitalizar el sentimiento *anti establishment* de la ciudadanía. El riesgo, entonces, sería el autoritarismo expresado en líderes populistas. Ejemplos emblemáticos de este enfoque, en la tradición deliberativa, los encontramos recientemente en los libros de Cristina Lafont¹ y de Arato-Cohen². Lo que preocupa a estos autores, en términos generales, es la erosión de la discusión pública por medio de una construcción verticalista y antipluralista de la agenda pública con una fuerte impronta conservadora y de desprecio de las minorías. Lo que no se aborda del todo –a mi juicio– es por qué las masas excluidas adhieren en gran medida a un discurso que reproduce y exacerba las condiciones de desigualdad que produce la crisis de representatividad en primer lugar. En otras palabras, la demanda clásica de mayor participación y deliberación tiene un carácter de legitimidad incuestionable, pero no parece ser efectiva esa realización desde el punto de vista de la crisis de la democracia. ¿Qué es lo que falta en nuestro análisis?

Las respuestas socialdemócratas clásicas que ponen únicamente el acento en la participación han demostrado ser, desde el punto de vista práctico, una respuesta más bien cándida frente a la fase del capitalismo tardío en la que nos encontramos. Sin ese marco de análisis, nuestras propuestas y activismo quedan girando sobre consignas correctas, pero inocuas. Así, volviendo al artículo de Sevaybricker, las posibles salidas indicadas por algunos de esos principales *best seller* de las ciencias políticas parecen resumirse en tres líneas de acción: la primera, apunta a una especie de «catecismo

¹ Ver, *Democracia sin atajos. Una concepción participativa de la democracia deliberativa*, Trotta: 2021

² Ver, *Populism and Civil Society. The Challenge to Constitutional Democracy*, Oxford University Press, 2022

cívico». Debemos educar al pueblo, formarlo en competencias ciudadanas que lo prevenga de ser seducido por los encantos de líderes autoritarios y mesiánicos. La segunda línea apela al sistema político para salvar el sistema político. Esto es, sería el rol de las élites políticas y económicas generar ciertas condiciones de consenso mínimo que inmunice el aterrizaje de *outsiders* que ponen en riesgo la estabilidad de todo el sistema. Por último, queda también una concepción vinculada a la socialdemocracia europea clásica que apunta más al centro del problema, pero que se queda en una mirada nostálgica de un Estado de bienestar que ya no existe y que, tal vez, sea imposible de reconstruir.

La segunda narrativa sobre la crisis de la democracia la encontramos en la izquierda democrática radical de autores como Nancy Fraser¹ o Wendy Brown², entre muchos otros. En esta línea, el análisis sobre la etapa actual del capitalismo y sus contradicciones internas parece mucho más ajustado a la realidad y explica en gran medida –sin entrar en los detalles discutibles– el marco sobre el cual opera dicha crisis. En otras palabras, aborda las condiciones generales de la subjetivación que hace que ciudadanos desplazados, marginalizados y precarizados por el sistema opten por liderazgos que aceleran con mayor fuerza dichas condiciones. Sin embargo, no hay aquí una salida clara o una respuesta posible como curso de acción. Vagamente, la salida que se indica es de orden inverso a la que preocupa: es decir, el remedio al populismo radical de derecha no es otra que otro populismo, pero de izquierda.

La sobresaturación del concepto de populismo sin duda es un síntoma del momento en que nos encuentran estos 40 años de democracia. Para algunos, como para el propio Alfonsín y la socialdemocracia, el populismo es una patología, pero su origen y su encanto se inscribe en un relato moralizante: bastaría con tener políticos honestos y democráticos y pueblos educados para curarnos. Para otros, el populismo es la única vía para una transformación real que, o nos lleve al paraíso futuro del socialismo, o al paraíso perdido del liberalismo de 1860. Y en eso estamos.

¹ Ver, entre otros, ¡Contrahegemonía ya! Por un populismo progresista que enfrente al neoliberalismo, Siglo XXI, 2021; Capitalismo caníbal, Siglo XXI, 2023

² Ver, En las ruinas del neoliberalismo: el ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente, Tinta Limón, 2020